

de ellas dulce. Los chiquillos regalaban su paladar y refrescaban la sangre con sus frutas. Los pájaros tenían entre sus hojas su cuartel general, y le cantaban mil alegres canciones, mientras que sus dueños, que habían crecido á su sombra, le regaban en verano sin descanso, y en invierno le arrancaban las ramitas secas, como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre, que no se quisiera ver envejecer.» Nótese cómo, por virtud de la amante pluma de Fernán, el naranjo adquiere vida afectiva: no le ven nuestros ojos, sino nuestro corazón conmovido por la ternura del cuadro, con su patético toque final, que resume la idea del retrato todo. Oid ahora lo que le inspira á Pereda un árbol de su montaña: «La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie: grueso, duro y sano como una peña el tronco, de retorcida veta, como la filástica de un cable; de ramas horizontales, rígidas y potentes, con abundantes y entretejidos ramos; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego otras ramas, y más

arriba otras, y cuanto más altas más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era la clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda». Obsérvese la superioridad artística y la energía de la representación sensible. No sólo la cajiga se aparece de bulto á nuestras miradas, sino que envía á nuestros oídos el murmurio de su follaje, en la armonía imitativa que cierra el período, y casi ofrece á nuestro tacto su pujante rudeza en las esculturales cláusulas del comienzo. Es el árbol, el árbol solo, material, actuando sobre los sentidos; no es un *estado de alma* (como ahora dicen) que se expresa por medio de la descripción de un árbol. Aquí repito algo que escribí hace años: si Pereda no es el escritor más realista de los que hoy viven, es seguramente el menos idealista. Sus escritos son un fenómeno de *endósmosis*; la inspiración en él viene de fuera, de los objetos exteriores, y de la exterioridad de los objetos. Fantasead á Pereda escribiendo capítulos del *Quijote*. Aquel inmortal retrato de Maritornes,

prodigio del pincel, podría salir de sus manos como de las del manco excelso; ni un trazo más débil, ni una pincelada menos franca y jugosa. En cambio, Pereda no sabría poner en boca del ingenioso hidalgo las memorables palabras que articuló postrado á los pies del caballero de la Blanca Luna. Y es que Cervantes era tan pintor y escultor como poeta y filósofo. En su ingenio soberano se equilibraron, por una vez, las virtudes cardinales del novelista.

Volviendo á *Pedro Sánchez* y á su merecida gloria, el tiempo transcurrido desde su publicación no modifica el juicio que entonces formulé, y que era tan favorable como verá el lector: «La mano del novelista, hábil y de sentado pulso, corre por las cuartillas sin torcer el renglón ni desfigurar la letra; la savia artística circula con suave regularidad, y la observación permanece siempre á flote sobre lo real, sin hundirse en el abismo ni remontarse al quinto cielo. Estas cualidades distintivas de Pereda se afirman poderosamente en *Pedro Sánchez*. Parécese *Pedro Sánchez* á ciertos caballeros de edad madura, de conversación varia, amena y entretenidísima, de juicio sano y apacible, de atractivo trato, de robusta y sagaz inteligencia, cuyas visitas nos son siempre agradables. Acaso notamos que les falta un poco de fuego juvenil, de pasión, de melancolía ó de austeridad para aspirar á ser algo más que la mediana humana; sin embargo, á su lado nos sentimos satisfechos, tranquilizados por su invariable sensatez.»

Hay un punto crítico en la vida literaria de todo autor, en que su talento, á fuerza de tanteos, ensayos y gimnasia, por feliz conjunción de circunstancias ó porque una ley natural trajo el período de sazón perfecta, en que el fruto posee su mejor sabor, produce una obra en que se entrega entero, en que derrama la más pura y fuerte esencia de su espíritu. Esta obra culminante, equilibrada, completa, es, en mi concepto, entre las de Pereda, *Pedro Sánchez*. El propósito firme de ensanchar

sus horizontes, la sabia precaución de no dejarse avasallar por tesis y moralejas de menor cuantía, la dulce indulgencia y la simpatía humana, musas que Pereda no solía invocar; la vida especial de la narración, que pica en autobiográfica, y, por último, la inspiración, levadura que hace fermentar la masa realista, se reunieron para producir en *Pedro Sánchez* una de las novelas más hermosas que nunca se habrán escrito en castellano, y la perla de la colección de Pereda.

Ganada así la patente, Pereda no quiso retroceder una línea. Acabáronse los cuadritos de caballete, los apuntes sueltos de tipos y paisajes, los aguazos y agua-fuertes de marina y terruño. Mejor dicho: no se acabaron, no: lo que hicieron fué disfrazarse de grandes lienzos de composición, y negarse á aparecer en sus reducidas y graciosas proporciones primitivas. Agrupad y poned en fila una serie de marinas soberbias, colocándolas con habilidad suma y haciéndolas servir de fondo á una figura escultural, primoro-

sa, de *gaviota* de Santander, y tendréis *Solileza*. Juntad apuntes de paisaje, bocetos de la ribera, una galería de estudios de gente lugareña, campesinos y pescadores, entonados con vigor *rembranesco*, y ahí está *La Puchera*. Por lo que hace á *La Montálvez*...

En verdad os digo, caros hermanos, que no hay cosa más pegajosa que las moralejas. *Qui a bu boira*, reza un proverbio francés, y el escritor necesita fuerzas casi sobrehumanas para no abundar en su propio sentido, según la frase del Apóstol. Aunque el Pereda de *Pedro Sánchez* estuviese ya muchos codos más arriba del Pereda de *De tal palo*, ello es que aquel Pereda antiguo, reaccionario, patriarcalista, moralista y satírico al menudeo, respiraba y quería dar muestra de sí. Su instinto le aconsejaba apartarse de las conocidas escolleras; no más librepensadores, no más arremeter contra filosofías heterodoxas, no más política á lo Nocedal; pero ese instinto de delicada prudencia, que implica lucidez de entendimiento, no

siempre salva á los más ilustres de la cantidad de error inevitable en toda labor artística extensa y variada. Error fué *La Montálvez*, no solamente por la razón trillada, sobada y obvia de que nadie, y menos Pereda, que tiene la fuerza en el aparato óptico, pinta bien lo que no ha visto, sino porque el error venía envuelto en el propósito inicial de sátira contra una clase, y en la índole *tradicionalista é histórica* de esa sátira, que pretendía fustigar á una clase de nuestra sociedad moderna con la preconcepción de los vicios según moldes clásicos, moldes aplicables, por lo genéricos, á la sociedad bizantina, á la romana, á la nuestra del tiempo de Carlos IV..., á todas; procedimiento semejante al de Solís y Ercilla, cuando ponen en boca de aztecas y araucanos las arengas de los héroes de Tito Livio. Si; *La Montálvez* pretendió encerrar en molde á lo más fluido que existe, que es *la sociedad aristocrática* de una época dada, diferente siempre (para el observador sutil) de las anteriores y posteriores. No fué de Pere-

da toda la culpa, y yo, que no aprobé *La Montálvez*, y aun me permití una sonrisilla al oír á ciertos incondicionales admiradores del maestro que *el cáncer* estaba allí de bulto, con toda su hediondez..., voy á aducir algunos antecedentes en descargo de Pereda, si no en vindicación del libro.

Existe y produce en España un novelista muy notable, de facultades singulárrimas, cuyo nombre no ha sonado en la trompeta crítica, aunque tiene su público de lectores, quizá más numeroso que el de ningún novelista español, si he de atender á datos que juzgo fidedignos. Me refiero al Jesuíta Padre Coloma, á quien pienso dedicar un estudio largo cuando termine la publicación de su obra *Pequeñeces*¹. Por hoy basta á mi objeto decir que este novelista tonsurado, en otro tiempo cumplido *gentleman* seglar, suele dedicarse á reproducir tipos y costumbres de la aristocracia española. No puede ciertamente objetársele que no la

¹ Compuestas ya estas páginas, llega á mis manos el libro.

conozca, y á fondo, en la terrible mesa de disección moral del confesonario, y también por el trato, pues el mejor pasaporte para entrar en ciertas casas de alto copete y muy inaccesibles no es un frac, como piensa el vulgo, sino una fajada sotana. Pues bien: el Padre Coloma carga la mano: es un censor austero y un implacable satírico de las altas clases, y yo creo que su ejemplo, que Pereda no estaba en condiciones de seguir, contribuyó á descaminar á Pereda. Y digo *descaminar*, porque cualquiera que sea mi voto respecto á la tesis del Padre Coloma, adoptada por Pereda,—ya trataremos de esto en su día,—es fuerza convenir que más fácil clava la flecha en la mira quien dispara con los ojos abiertos, que quien lo hace con venda. El Jesuíta está familiarizado con el *medio* de sus personajes; tanto, que le reconozco el mérito especial de Tolstoy en cuanto á prestarles su verdadero lenguaje y maneras. Acaso nadie más que el Padre Coloma ha dado aquí la nota sobria, fina y justa de la exterioridad aristocrática.

Después del contagio de este insigne Jesuíta, á quien Pereda tiene muy conocido y manejado, podríamos apuntar otra influencia, no extralegal, sino amistosa, la de cierto novelesco personaje, figura viva que está pidiendo á voces el colete de ámbar, la valona y la tizona....; mas no desgarraremos el velo que cubre al incógnito colaborador *moral* de *La Montálvez*, y limitémonos á observar que la residencia en provincia ó la confinación en círculos esencialmente mesocráticos, aunque sean de la corte, son obstáculos casi invencibles para ciertas empresas, no tanto por *lo que dejan ignorar* como por *lo que sugieren*. Reemplaza la imaginación y el eco de las hablillas á la observación propia, y en un autor como Pereda la sustitución no puede dar de sí nada bueno. No más por hoy sobre este particular. Ya reforzaré el argumento en mejor ocasión y explanaré mis ideas, que en cifra indico aquí.

Volvamos ahora la vista atrás y abarquemos de una ojeada la geografía del

ingenio de Pereda. Primero cuadros breves y conatos novelescos; luego una novela de padre y muy señor mío; luego otras que son hibridaciones de cuadro y novela,—y los que entienden de botánica no ignoran que con la hibridación se obtienen preciosas flores.—Una personalidad de artista indiscutible, radiante, vencedora; otra personalidad de novelista menos palmariamente demostrada, aunque suficiente para gloria del autor y recreo de los lectores inteligentes; y, en conjunto, un escritor *raro* (en sentido de precioso), que ha sabido estudiarse y explotarse, y que no sólo no malgasta sus tesoros, sino que los beneficia con reposada voluntad y energía perseverante. Veamos si el último fruto de su ingenio es una cúspide artística, como *Pedro Sánchez*, y, en su línea, *La Puchera*, ó solamente una cantidad añadida á la lista de las obras de Pereda, que ni aumenta ni disminuye su valor cualitativo.

El lector que saborea las primeras páginas de *Nubes de Estío*, experimenta

gratisima impresión. Subyugado por el poderío de aquel estilo más firme, recio y musculoso que armonioso, pero de un relieve que casi incita, como el torso del Belvedere, á recrear en él las yemas de los dedos; estimulado por lo que promete la carta del sietemesino cortesano, que no tiene pelo de tonto y se explica con un desenfado de buena ley, dando indicios de ser un carácter; interesado por la preciosa acuarela de mujer que desde el fondo del tintero de Nino Casa-Gutiérrez nos mira con aquellos ojos morunos, verdinegros, tan maravillosamente comparados á los remansos del río...., el lector se pasa la lengua por los labios, se relame de gusto, y piensa para su bata ó su batín: «Aquí hay algo.... Se prepara un día de fiesta.» Y sigue leyendo, y entra en el café de la ciudad costeña, y escucha al autor retratarse á sí mismo «con cara hosca, de coronel de reemplazo, bigotes grises y quevedos de oro», y platicar de sus tarantainas y alifafes nerviosos con el médico Casallena, que por su modo de

responder y dialogar, debe de ser uno de esos cariñosos adláteres que siempre encuentran á mano las celebridades y que representan al público en abreviatura, y por ciertos indicios, debe de tener celebridades en su familia propia. Mucho nos divierte la conversación de los dos amigos, y el chocolate está que humea, y para conocer el temperamento y compleción del autor ilustre, hay allí indicaciones preciosas; pero ya empieza la novela á *replegarse* un poco; no la vemos tan cercana, tan inminente como en la carta de Nino. Vienen á renglón seguido los famosos proyectos de Sancho Vargas, y gustan, y hacen reir, aunque ocupan demasiado sitio, son largos hasta para un artículo de costumbres que se titulase lo mismo que el capítulo, *A claustro pleno*, y formase parte de un tomo de *Esbozos y rasguños*; lo malo es que, la novela, retrocediendo sigue; diríase que va á extinguirse, como las luces que alumbran el domicilio de *La Alianza mercantil*. Vuelve á encandilarse cuando entramos en casa de

D. Roque Brezales, y se nos presentan, ya en la página 97, las dos hijas del ricachón: Petrilla, alegre y traviesa; Irene, taciturna y mohina, como corresponde á víctima destinada al sacrificio de enlazarse con el vividor madrileño, á quien la promete la vanidad paterna. Porque el asunto cabe en un dedal: trátase de un gomoso averiado, al cual su papá, pez gordo de la política, quiere proporcionar *fondeadero*, esposa acaudalada, honesta y modesta, todo lo cual, al parecer, no le era fácil encontrar en Madrid. Á la muchacha no la gusta ni pizca el gomoso, porque la mala vida y el trasnochar le tienen muy deteriorado, color de membrillo el rostro y desplumada la cabeza; y si cuando sus padres la proponen el novio, Irene contestase esto mismo, que no la gusta, la novela tendría que acabarse allí, hácia la página 180; pero como la muchacha, de corte insignificante á pesar del enigma tebano de sus ojos, no se resuelve á decir claramente *nones* hasta doscientas páginas más adelante, el libro llega como

puede á las quinientas...., la muchacha toma otro novio, santanderino...., y suponemos que serán muy felices, amén.

Siento que alguien pueda entender este párrafo, reseña del argumento de *Nubes de estío*, en sentido poco respetuoso para mi muy admirado Pereda. Claro está que si esa trama, floja como red de pescar, la rellenas con su prosa un quidam literario, no habría mortal que apechugase con el libro; y *Nubes de estío* se leerá y llevará al alma el deleite de la hermosura, y se leería también si los capítulos que lo forman no guardasen entre sí la coordinación de asunto que impone la novela. Figurémonos que Pereda hubiese preferido no violentarse en devanar el hilo que los enlaza; que nos diese cada cosa por su lado, sin otro nexo común que el de la procedencia, ¿valdrían menos, como reflejo fiel y primoroso de costumbres y tipos, *El Casino recreativo*, *Las de Sotillo*, *La Gira elegante*, la *Vista interior de Don Roque*...., etc., etc.? Tal vez sueltos fuesen más redondos; en todo caso, sueltos no

podríamos ponerles reparo alguno, encontrándolos perfectos *según su género*. Para cuerpo de novela, de novela de quinientas páginas, no es bastante quizá (lo escribo con temor, con el justo y noble temor que debe inspirar el nombre de Pereda) la pequeña tribulación de la niña santanderina, las minúsculas vanidades de su padre, las microscópicas ambiciones de su pretendiente; y menos ahora, dentro de la evolución recientísima de la novela, género que va calando y pesando cada vez más.

Si apartándonos del asunto *formal* vamos al asunto *moral* de *Nubes de estío*, tampoco encontramos en él la significación y lastre que la novela exige. Pereda quiere presentar un contraste entre la gente veraniega de Santander, población flotante, y la población estable y fija. No he de repetir aquí lo que en otra parte he dicho¹ acerca de la especie de singular aprensión que inspiran á Pe-

¹ Lunes de «El Imparcial»: artículo titulado *Los resquemores de Pereda*.

reda la gente y la vida cortesana. La preocupación de espíritu que dicta á un talento como el de Pereda libro tan extenso, valdría más que no fuese preocupación secundaria, capaz sólo de animar las páginas de un boceto de tipos *trashumantes*. Cuestiones de esa índole—la truchimanía de los madrileños, la inocentada de los conciudadanos del autor — pueden encender las luces fosfóricas del humorismo ligero, no la honda hoguera de la indignación moral, inspiradora de la sátira profunda, que sabe disfrazarse bajo festivas apariencias. Tanta notita suelta y cruel sobre el candor, la bobería y la ridiculez burguesa de su provincia (donde seguramente se habrá granjeado Pereda á estas horas un centenar de rencorosos enemigos); tanto retrato del natural; tanto rasgo épico á fuerza de ser pedestre, como el de aquel botón colocado en la pared del Casino Recreativo y que con orgulloso deleite oprimía Brezales; tanta y tanta observación al menudeo y tanto diálogo macizo, me pare-

cen manto amplio, bordado con primor, de pesados pliegues, que agobia á un enanillo—el *propósito* del autor eminente. Nos interesaría una novela inspirada por lo que á Pereda puede importar, no ya como autor eminente, sino como hombre á secas: *Nubes de esto es....* lo que puede importar á Pereda como ciudadano de Santander.

Quisiera poner muy en claro mi pensamiento, á fin de que ni Pereda ni sus bien aconsejados admiradores se quejasen de mí justamente. Para quien me haya leído con detenimiento y sana intención, resalta muy claro que ni se me pasan por las mientes esos feos y malévolos augurios de *decadencia* que aquí se pronuncian en voz baja y sibilítico tono al comprobar la forzosa, la inevitable, la humana, la racional y lógica desigualdad que tiene que existir entre dos obras de la misma pluma. Porque yo entronice á *Pedro Sánchez*, y otorgue, después de *Pedro Sánchez*, el puesto de honor á *Sotileza* y *La Puchera* entre los libros de

la segunda manera del maestro montañés, no tengo á *Nubes de estío* por síntoma de irremediable decadencia; entiéndanlo los enterradores literarios. En ese intento fallido de novela sólo veo la demostración de lo que siempre creí y creeré: que en Pereda, la primera manera, la de las *Escenas montañesas*, es la que surge de manantial, la que por ley divina destila su genio; la segunda, la labor de novelista propiamente dicho, es fruto de la voluntad consciente, actividad más refleja que espontánea; y que por aquello de *chassez le naturel....*, etc., no siempre obtendrá este generoso esfuerzo de su espíritu la corona que ganó tres veces, en *Pedro Sánchez*, *La Puchera* y *Sotileza*. De cuando en cuando, el innato *costumbrista* vencerá y ahogará al *novelador* reflexivo. Esto, en mi pobre pero leal y franca opinión, ha sucedido en el último libro de Pereda. ¿Quién sabe si el grande, el simpático, el robusto escritor se tomará el desquite *al primer vuelo*?



LA CUESTIÓN ACADÉMICA

Al Sr. D. Rafael Altamira, Secretario del Museo Pedagógico.

Mi muy estimado amigo: Debo á V. infinitas gracias por la misiva que me dirige en el número de Febrero de *La España Moderna*, bajo el mismo epígrafe que encabeza esta mi contestación. Debo á V. infinitas gracias, repito, no sólo por la intención excelente y generosa que le anima, sino porque, sin V. sospecharlo, me ayuda su carta á salir de una situación anómala y molesta, dándome pretexto honroso de llevar esa cuestión al terreno donde hace tiempo deseo colocarla, para tranquilidad de mi propio espíritu y satisfacción de las personas discretas y equitativas.